

nes (del Fiume, di Santo Spirito y degli Incoronati), en lo cual ejerció de nuevo decisivo influjo el peligro que se temía de parte de los turcos. El Papa deseaba la mayor aceleración posible de los trabajos (1), por lo cual le fué tanto más desagradable que, en las deliberaciones sobre las obras de fortificación, que se hacían bajo la presidencia de Alejandro Vitelli, chocara Miguel Angel, en Febrero de 1545, primero con Juan Francisco Montemellino, y hacia fines del mismo año, con mayor violencia, con Sangallo. Miguel Angel creía poder proceder con tanto mayor resolución, por cuanto su fortificación de la colina de San Miniato, que resistió en el sitio de Florencia del año 1529, le había proporcionado grande fama; y como Sangallo se mantenía con no menor firmeza en su parecer, el Papa hubo de acabar imponiendo silencio á los contrincantes (2). Esta discordia retardó los trabajos y fué también, probablemente, la causa de que quedara sin terminar la monumental Porta di Santo Spirito, que más es una puerta triunfal que una fortaleza (3). Por lo demás, los bastiones de Santo Spirito, que se designan todavía actualmente con el nombre de Sangallo, honran á su autor, así por su grandeza como por lo oportuno de su situación (4). Sangallo perseveró al frente de las obras hasta su muerte en 29 de Septiembre de 1546 (5), y en su lugar entró Jacobo Melegghino, el cual, durante todo el tiempo que vivió Paulo III, conservó el título y sueldo de arquitecto superior de las fortificaciones, por más que no estaba en manera alguna á la altura de su empleo. No se ocultó esto al Papa, por

(1) V. las *relaciones de A. Serristori, de 21 y 31 de Mayo; en la primera se lee: *La fortificatione di Borgo si sollecita a furia facendosi li bastioni di terra, dove sono a lavorare 2000 homini; en la de 3 de Junio: *La fortificatione del Borgo si sollecita più che mai et S. S^{ta} dice che vuole sia finita per tutto quello mese, ma non è possibile; basta che si tira innanzi gagliardamente. *Archivo público de Florencia.*

(2) Cf. Vasari VII, 216 s.; Gotti I, 295 s.; II, 126 s.; Thode I, 442, 445; Geymüller, Michelangelo als Architekt 52 55. Ravioli (p. 27) pone la contienda entre Michelangelo y Sangallo en el año 1542. Guglielmotti (Fortificazioni 352) y Rocchi (p. 279) en los últimos meses de 1545.

(3) V. Vasari VII, 217; Müntz, Antiquités de Rome 144. El diseño del proyecto de Sangallo para la Porta di S. Spirito, se halla en Clause II, 353; *ibid.* 346 hay un buen dibujo del baluarte de S. Spirito.

(4) Rocchi (p. 50) los llama una obra pasmosa del arte de la fortificación del siglo xvi.

(5) Todavía en 12 de Septiembre de 1546, se pagó á Sangallo su pensión mensual como arquitecto de las fortificaciones, del importe de 25 escudos (Rocchi 265).

lo cual ordenó á su favorecido que, en todas las cuestiones de importancia, se rigiera por el dictamen de Miguel Angel. Este, aunque oficialmente subordinado á Melegghino, tomó entonces en realidad la dirección, y desde 1547 hasta 1548 hizo terminar el bastión del Belvedere (1), el cual, bien conservado hasta ahora, produciría más imponente efecto, si el Vaticano y San Pedro no apartaran de todo otro objeto la atención del espectador. Lo propio que en los demás bastiones, pregonan también aquí la gloria del constructor las gigantescas armas del Papa.

Después de terminado el bastión del Belvedere, que amparaba los objetos por ventura más preciosos de la propiedad del Papa: su colección de antigüedades; Miguel Angel se retiró y dejó desde entonces la dirección al constructor de las fortificaciones de Sermoneta, Jacobo Fusti Castriotto de Urbino, el cual trabajó fervorosamente hasta la muerte de Paulo III, para dar seguridad á la Ciudad Leonina (2). En realidad parecía necesario apresurarse, como quiera que, después del asesinato de Pedro Luis y de la ocupación de Plasencia por los imperiales, la situación política se hizo muy peligrosa (3). Por esta razón fué más lamentable que surgieran entonces diversidades de criterio: Castriotto quería continuar los bastiones siguiendo la cumbre de la colina; pero chocó con la contradicción de Francisco Montemellino de Perusa, el cual proponía situar las obras al pie de la altura. En las deliberaciones que se celebraron bajo la presidencia de Octavio Farnese, se impuso finalmente el parecer de Castriotto, el cual puso entonces mano á la construcción de una grandiosa línea de defensa de la colina Vaticana; y ya se habían desmontado los parajes para los baluartes, y se había marcado la línea de las murallas con fagina y obra de tierra, cuando falleció el Papa. Asi-

(1) Así lo dice Rocchi (p. 279 s.) según las cuentas. Con ellas no concuerda ciertamente la inscripción del escudo que hay en el baluarte del Belvedere, la cual indica 1542 (v. Forcella XIII, 31, n. 16). No hay aquí ningún error de imprenta, como yo mismo me he certificado; en la inscripción está claramente: A. VIII. Como sin embargo de eso, existe una paga por el escudo, de 5 de Junio de 1547, sospecha Guglielmotti (Fortificazioni 365), que el cincelador grabó erróneamente VIII en vez de XIII=1547. Trata por menudo sobre J. Melegghino Ronchini en los Atti Mod. IV, 125 s.; v. también Guglielmotti 356 s.; Bertolotti, Art. Bolog. 20 s.; Lanciani, Renaissance 164 s.; Fontana II, 493 s.

(2) Cf. Guglielmotti 369; Rocchi 40 s., 282; Provasi, Jacopo Fusti Castriotto, Urbino 1901.

(3) Cf. arriba p. 348, 358.

mismo la fortificación del Janículo, proyectada por Paulo III, se omitió entonces (1).

No sólo se preocupaba el Papa Farnese por la defensa, sino por la belleza, comodidad y salubridad de su ciudad natal. Una de las primeras disposiciones de su gobierno fué el nombramiento de un comisario para las antigüedades. Latino Giovenale Manetti obtuvo este nuevo cargo, cuyas atribuciones fueron sancionadas hasta con penas espirituales. «No sin dolor profundo (se dice en el breve de su nombramiento, de 28 de Noviembre de 1534) confesamos, que no sólo los godos, vándalos y otros bárbaros; no sólo los griegos y las injurias del tiempo; sino nuestra propia dejadez y culpa, codicia y astucia, han arruinado los venerables ornamentos de los antiguos Quirites, destruyéndolos y dispersándolos. A nuestro propio cargo se ha de poner, que los matorrales, hiedras y otras plantas, hayan hecho asiento en los antiguos edificios, y roto sus muros; que se hayan pegado casuchas y tabernas á los antiguos monumentos, afeando su belleza, y que, finalmente (cosa todavía más vituperable), las estatuas, esculturas, lápidas de mármol y bronce, objetos de pórfido y piedra numídica y de otras clases, hayan sido llevadas de la Ciudad y conducidas á tierras extranjeras.» Manetti, cuyo amor á Roma y celo por la investigación de la Antigüedad se encomian, había de tener cuidado de que se conservaran, en cuanto fuera posible, los monumentos de la Ciudad y sus alrededores, y todas las estatuas, inscripciones y lápidas de mármol; que se librarán de hiedras y matorrales, que no se les pegaran nuevas construcciones, ni se rompiera nada, ni se quemara para hacer cal, ni se sacara de Roma (2). Pero desgraciadamente, Manetti se hubo de ausentar repetidas veces de Roma por las misiones políticas que se le encomendaran (3); y esto, y más todavía la circunstancia de no haberse desarrollado, sino muy lentamente, la profunda inteligencia por los restos de la Antigüedad, fueron causa de que, á pesar de todas las ordenanzas pontificias, se continuara como antes, utilizando las ruinas como canteras cómodas de mármol y piedra

(1) V. Rocchi 51, 60, 200 s., 282 s.; Guglielmotti, Fortificazioni 371 s.; Ronchini, Il Montemellino da Perugia e le fortificazioni di Roma: Giorn. d. erudiz. artist. I, Perugia 1872.

(2) Marini, Archiatri II, 280.

(3) Cf. nuestros datos arriba p. 431.

de Tivoli. Como la ciencia de la Antigüedad se hallaba todavía en sus principios, se hizo con esto mayor perjuicio de lo que se imaginaba. Ya la construcción de la vía triunfal para Carlos V perjudicó á muchos monumentos del Foro. Los buscadores de materiales para la construcción de la iglesia de San Pedro, hurgaron allí por modo bárbaro en el año de 1539, y sobre todo en 1540, cabalmente cuando Manetti estaba ausente en dos legaciones á Francia; y este daño continuó todavía allí, lo propio que en otros sitios, en los años siguientes (1). Paulo III participó de la culpa de estas destrucciones, por cuanto á 22 de Julio de 1540 había dado á los diputados de la Fábrica de San Pedro, permiso para hacer excavaciones en todas partes, dentro y fuera de la Ciudad, en busca de bloques de mármol y piedra de Tivoli, y asimismo de columnas (2). También aquí se halla un ejemplo de la inconsecuencia propia de la época de transición en que vivió el Papa Farnese: el breve de 1534 anunciaba una nueva era, pero el de 1540 significaba una reincidencia en la mala costumbre antigua, la cual, en adelante, se imponía con tanto mayor fuerza, cuanto era mayor la actividad arquitectónica; así que, aun cuando algunas inscripciones y fragmentos arquitectónicos se conservaron utilizándolos como ornato de los jardines ó zaguanes de los palacios, la mayor parte de los hallazgos fueron con todo eso destruidos sin consideración, mirándolos como oportunos materiales de construcción, ó aun quemándolos para hacer cal. Y fué una excepcional fortuna, que no sufrieran la propia suerte los Fastos consulares y triunfales hallados en el Foro, junto á la Regia, el año 1546. El cardenal Farnese salvó aquel hallazgo importante, que publicó Bartolomé Marliano, y al cual dió en el Palacio de los Conservadores un lugar digno y seguro (3).

Además del cargo de Comisario de las antigüedades, tuvo Manetti, junto con Angelo del Bufallo de' Cancellieri, y luego con Jerónimo Maffei, el empleo de inspector de las calles. A las órdenes de los nombrados estaba el célebre arquitecto Bartolomé

(1) V. Hülsen en el *Bullet. d. Ist. arch. Germ.* III, 208 s.; Lanciani II, 184 ss. Este último designa (*Ancient Rome* 276) los años 1540 hasta 1549, como un período terrible para el foro romano.

(2) El texto de este breve se halla en la *Rev. archeol.* 1884, III, 308 s.

(3) V. Hülsen, *Forum Romanum, Romae* 1904, 34 s.; *Corp. inscript.* I^o 1 s.; *Gyraldus, De poetis*, ed. Wotke, Berolini 1894, 58 s.; *Atti Mod.* VI, 207 s.; Lanciani II, 197; cf. también Druffel, *Mon. Trid.* I, 454.

Baronino, el cual cayó en 1554 víctima de un asesinato (1). La primera incumbencia de aquellos varones fué la disposición de una vía triunfal que, con motivo de la visita de Carlos V, había mandado el Papa construir desde la Porta S. Sebastiano, por la Vía S. Gregorio y el Foro, y desde allí por la Salita di Marforio hasta la Piazza di San Marco y la Vía Papale. En aquellos apresurados trabajos se derribaron, además de muchas viviendas y varias iglesias, asimismo una multitud de ruinas antiguas, con cuyos escombros se rellenó la depresión entre el arco de Tito y el de Severo (2).

Los trabajos del año 1536 fueron el dechado para otros muchos de semejante género. Roma, que se iba reponiendo gradualmente bajo el gobierno de Paulo III, se hallaba mucho más atrasada que las demás grandes ciudades de Italia en lo tocante al estado de sus calles, y cuán poco respondiera esto á su carácter de Corte pontificia, se manifestó precisamente cuando la mencionada visita del Emperador. Paulo III, acudiendo á remediar este defecto con la regulación de numerosas calles, inició un nuevo período, durante el cual la Ciudad Eterna se fué desnudando más y más de su traje medioeval y adquirió el aspecto que correspondía á las creaciones artísticas del Renacimiento, á su dignidad de Capital del mundo cristiano, y á las necesidades de su grandioso tráfico.

Paulo III no retrocedió ante ninguna fatiga ni ante gastos algunos para mejorar las calles de Roma, y en este respecto se mostró precursor de Sixto V; pero para este fin se necesitaron tan grandes demoliciones, que el precio de las viviendas acabó por subir considerablemente (3). Ya en 1538 emprendió el Papa la corrección y embellecimiento de la Vía Lata, del Corso, comenzando por el trecho desde la Piazza di San Marco hasta el llamado Arco di Portogallo, que por entonces abarcaba todavía la calle junto al Palazzo Fiano; luego se arregló también el segundo tro-

(1) Cf. Bertolotti, Bartol. Baronino, Casale 1876, 10 s.; v. también Art. Subalp. 29 s. Baronino murió el 6 de Septiembre de 1554, como lo dice su epitafio, que todavía se conserva en el panteón en la capilla de S. José (v. Forcella I, 296; cf. Lanciani, Renaissance 172).

(2) Cf. vol. XI, p. 222.

(3) Cf. la *relación de A. Serristori, de 16 de Julio de 1548 (*Archivo público de Florencia*). Una lista de las iglesias demolidas después de la visita del emperador, puede verse en el apéndice n.º 22. *Biblioteca Vaticana*.

zo, todavía muy poco poblado, hasta la Piazza del Popolo. Para atender á los grandes dispendios que requerían las nuevas construcciones, impuso un nuevo tributo á los dueños de aquellas casas que, con la rectificación de las calles, ganaban considerablemente en valor (1). De las cuentas se sacan también las indemnizaciones por las expropiaciones necesarias, en las cuales se procedió con arreglo á un procedimiento severamente establecido. La calle, construida ya por los papas Médici, desde la Piazza del Popolo hasta la plaza situada debajo de la Trinitá de' Monti, que se llamó más adelante Vía del Babuino, fué mejorada y recibió del nombre del Papa reinante el de Paolina. En 1541 se estableció la unión de la Piazza Navona con la Piazza Apollinare, y en los años siguientes ocurrió la construcción de las dos nuevas arterias del tráfico, que parten del Ponte S. Angelo: la Vía di Panico y Vía Paola. En el Borgo se ensanchó y enlosó la Vía Alessandrina, en la Ciudad de la ribera derecha del Tíber se dispusieron las plazas ante el Palacio Farnese, San Marcos y SS. Apostoli, lo cual fué de grande importancia para la salubridad de aquellos barrios angostos y llenos de recodos; y para el mismo efecto sirvió la desecación de los pantanos próximos al Vaticano (2). Todavía otras muchas calles: la Vía di S. María in Monticelli, di Torre Argentina, de' Baulari, dei Cestari, della Palombella, della Trinità (actualmente Vía Fontanella di Borghese y Condotti), del Foro Trajano; traen su origen del Papa Farnese, el cual hizo también desembarazar la columna de Trajano, y cuidó de que los colosos Cástor y Pólux se colocaran dignamente en el Quirinal (3).

(1) V. Lanciani, La Via del Corso: Bull. comun. XXX (1902) 229 s.; cf. Lanciani, Scavi II, 236 y Renaissance 112 s.

(2) Cf. Amasaeus 75 s.

(3) Lanciani, Scavi II, 228-236; Bullett. d. Ist. arch. XIII, 262; v. también Bonanni I, 216; Adinolfi, Canale di Ponte 52 y Roma II, 73; Armellini, Chiese 415; Solmi, Ochino 55; Bullett. comun. XXIX (1901), 11 s., 300 s.; N. Arch. Veneto XIII (1907), 24. Pertenece también á este lugar la *paga de 17 de Octubre de 1547, magn. d. Io. Petro Cafarello, stratarum alme urbis magistro, duc. auri de camera de paulis 10 pro ducato centum et quinquaginta per ipsum d. Io. Petrum solvendos Petro Mulioni apud b. Mariam de populo commoranti pro pretio et in satisfactionem cuiusdam ipsius Petri domus in loco dicto il borgetto del pedocchio pro via noviter in loco dicto sotto la Trinità fienda dirutae seu de proximo diruendae (Mand. 1545-1546, f. 56. *Archivo público de Roma*). La inscripción de 1543 de la Vía Paolina, que ahora ha desaparecido, la cual habla de 39 casas derribadas, puede verse en Ciaconius III, 554 y For-

La inscripción de la hermosa estatua marmórea del Papa, que el año 1543 se colocó en la gran sala del palacio de los senadores, pudo con justicia ensalzar la actividad desplegada en el mejoramiento y construcción de calles y plazas, para embellecer las vías del tráfico de Roma, hasta entonces desfiguradas por las estrechas callejuelas y salientes construcciones (1).

Lo propio que la regulación de las calles, estuvo enlazada con la visita de Carlos V la reconstrucción del Capitolio. La subida á aquel sitio eminentemente histórico estaba entonces de tal suerte, que el Emperador, á su entrada en Abril de 1536, tuvo que rodear la colina: sólo desde el Foro, conducía arriba una calle que arrancaba del arco de Septimio Severo; hacia la Ciudad no llevaba sino una senda para peones; y es cosa que caracteriza á Paulo III como romano de nacimiento, y no menos las buenas relaciones en que estaba con sus ciudadanos, el haber acordado reconstruir, precisamente el Capitolio, de una manera espléndida (2). El Papa, comunicando nuevo brillo al lugar con el cual se enlazaban tantos recuerdos del espíritu libre de la Ciudad, acertó por prudente manera á quebrantar la punta á los conatos republicanos.

El aspecto irregular, aunque muy pintoresco, que ofrecía el Capitolio al tiempo de subir al trono pontificio Paulo III, se ve claramente en los bosquejos de un pintor contemporáneo. En el fondo levantábase sobre las ruinas del antiguo Tabularium, el Palacio del Senador, parecido á una fortaleza, de cuyo medio se

cella XIII, 87. Sobre la restauración del Ponte S. Maria (Ponte Rotto), v. Fanfani, Spigolat. Michel. 126 s.; Lanciani, Renaissance 160 s.; Thode V, 211 s.; sobre los trabajos de restauración en el Ponte Molle y en el Ponte Sisto, v. *Mand. extraord. 1546-1548, f. 173 y 1548-1549, f. 45, 48. *Archivo público de Roma*. y Rev. archéol. IX (1887), 60. En Marzo de 1541 se restauró la fuente que hay en la plaza de S. Pedro. *Mand. 1540-1541. *Archivo público de Roma*.

(1) Forcella I, 33. La estatua (cuyo diseño se halla en Steinmann II, 481) ha tenido que ceder al nuevo orden de cosas; en 1876 fué colocada en la nave lateral izquierda, en la columna que hay entre la segunda y tercera capilla de S. Maria in Aracoeli. Lanciani (Renaissance 145) sospecha, que L. G. Manetti, en la inscripción de la estatua, copió una antigua que celebraba semejantes méritos de Vespasiano.

(2) Para lo que sigue, cf. Vasari VII, 222 s.; Michaelis en la Zeitschr. für bild. Kunst 1891, 184 s.; Rodocanachi, Le Capitole 59 s. La afirmación de Grimm (Michelangelo II, 387 s.), de que la restauración del Capitolio empezó con la construcción de la gradería suave, y que la primera piedra de estas escaleras se puso á la entrada de Carlos V, es del todo falsa.

alzaba, visible á gran distancia, la principal torre angular coronada de almenas. En la mitad derecha de la fachada, adornada con las abigarradas armas de los senadores, estaba el ingreso, sobre el cual se levantaba una linda galería de columnas, construída por Nicolao V. En la espaciosa escalera de entrada veíase allí un fragmento de un antiguo grupo de mármol: una leona que desgarraba un caballo, la cual se halla desde 1903 en el jardín del patio del Palacio de los Conservadores. Delante de aquella imagen de la justicia coercitiva, se publicaban las sentencias de muerte, las cuales se ejecutaban á la derecha, en la cima todavía enteramente despoblada del sudoeste (1). Aquella eminencia, que de las cabras que por allí trepaban tomó el nombre de Monte Caprino, mostraba todavía numerosos bloques de mármol pentélico, restos del famoso templo de Júpiter; y un trozo de él se empleó en 1545 en la construcción del palacio comenzado por Juan Pedro Cafarelli, donde se halla actualmente la embajada alemana. Otros muchos fueron llevados para la construcción de la nueva iglesia de San Pedro.

En la siniestra parte de la plaza, donde se levanta ahora el Museo Capitolino, faltaba toda terminación arquitectónica, lo propio que hacia la parte de la Ciudad. Divisábase allí el pintoresco lado del sud de la iglesia franciscana de S. María in Aracoeli, un pequeño obelisco, y una palma cuya semilla habían traído de Palestina los fieles custodiosos del Santo Sepulcro. En la parte derecha estaba el Palacio de los Conservadores edificado por Nicolao V, delante de cuyas arcadas inferiores, adornadas de columnas, se habían puesto dos colosales estatuas de númenes fluviales: el Nilo y el Tigris. También en las mismas arcadas se veían restos de la Antigüedad: una gigantesca cabeza de Domiciano, en bronce, y una esfera terrestre. Sobre el arco central de la fachada, resplandecía desde 1471, en ménsulas, el famoso símbolo de Roma: la loba de bronce, presente de Sixto IV, el cual había además provisto el palacio de los Conservadores, de otras muchas preciosas obras de la Antigüedad (2).

(1) De la Tariffa del Boja, publicada por Gori (Archivio III, 297), consta, que entonces las sentencias de muerte eran ejecutadas en otros lugares, v. gr. hasta en la plaza de S. Pedro; las horcas estaban, desde 1548, en el espacio que hay entre el puente de Sant Angelo y la cárcel Torre di Nona.

(2) Cf. Michaelis loc. cit. 184 s., Hülsen, Bilder aus der Gesch. des Kapitols, Rom 1899, 7 ss., 29; Thode V, 191 s.

Mas á pesar de su especial carácter, el Capitolio de entonces no podía parangonarse con los sitios principales de otras ciudades: no hay sino pensar en Florencia y en Sena. Primero se dió, pues, á aquel lugar un centro artístico que no tenía otro semejante. En Enero de 1538 fué llevada allá la estatua ecuestre del Emperador Marco Aurelio, de bronce, en otro tiempo enteramente dorado, con la que estaban enlazadas tantas leyendas, y se colocó exactamente en medio de la plaza sobre un basamento de mármol, cuya altura se calculó muy bien para que produjera el mayor efecto. Una inscripción puesta en el lado izquierdo del zócalo, recuerda la traslación, ordenada, sin hacer caso de la resistencia del cabildo lateranense, por Paulo III, para cuidar (según allí dice) de perpetuar la memoria del Emperador y restablecer el ornato de la Patria romana (1). El lado anterior del basamento está adornado con las hermosas armas del Papa Farnese, el posterior, con las de la Ciudad de Roma, la cual contribuyó con una parte de los gastos.

La traslación de la célebre estatua imperial había de formar el principio de una completa transformación del Capitolio, y lo que Miguel Angel proyectó para esto, correspondía en sumo grado á la fama y dignidad del sitio (2). Una amplia y cómoda escalinata formada de planos (Cordonata), arrancando de la Piazza Aracoeli, y limitada arriba por las grandes estatuas de los Dióscuros con sus caballos, debía proporcionar un nuevo acceso, y poner el Capitolio, que hasta entonces miraba al Foro pagano, en relación con la Ciudad cristiana. El que subiera por la escalinata mencionada, tendría ante sí, según el plan de Miguel Angel, el Palacio de los Senadores, espléndidamente reconstruído, y á uno y otro lado magníficos edificios de armonioso estilo,

(1) Forcella I, 33; Arch. d. Soc. Rom. IV, 239; sobre la estatua de Marco Aurelio, v. Adinolfi, Roma II, 250 s.; Rodocanachi, Capitole 70 s.; Thode V, 191; Jahrb. der preuss. Kunstsamml. XXVII, Beiheft 9. La traslación de la estatua no puede haberse efectuado el 24 de Marzo de 1538, como hasta ahora generalmente se admitía, pues Blasius de Martinellis notifica ya en 25 de Enero de 1538: *Post prandium papa venit in Urbem per portam S. Sebastiani et per diversa loca pertransivit una cum cardinalibus videndo nóvas suas fabricas circa moenia urbis et locum Capitolii noviter explanatum cum aequo [sic] aeneo Constantini ex Laterano tanslato in plateam Capitolii; inde per campum Florae et plateam de Farnesio versus Pontem in palatio s. Petri ad aedem suam. *Archivo secreto pontificio* XII, 56, f. 570.

(2) Vasari VII, 222 s.; Rodocanachi 65 s.; Geymüller, Michelangelo als Architekt 37 s., Riegl, Barockkunst 74 s.; Thode V, 193 s.

con pórticos adornados de columnatas, y en la parte superior, el palacio principal coronado de estatuas. La posición oblicua de estos palacios laterales estaba condicionada por la situación del Palacio de los Conservadores. Los magníficos edificios conducían los ojos al Palacio de los Senadores que los dominaba, y con sus colosales pilastras levantadas hasta dos pisos, formaba el coronamiento de la imponente estructura. En aquellos edificios, cuya fachada cubría la aglomeración de las antiguas construcciones, solamente la torre del campanario coronado de almenas traía á la memoria el antiguo carácter de fortaleza. Una doble escalera al aire libre desembocaba en la parte superior, á la altura del piso primero, en un balcón abierto y adornado de estatuas, al cual daba el ingreso de la gran sala del Senado. La fuente colocada delante, acrecentaba todavía el carácter monumental de la hermosa escalera exterior, y debajo del balcón había pensado Miguel Angel colocar una colosal estatua de Júpiter, á cuyos pies se derramaría la fuente en una amplia taza, á uno y otro lado de la cual proyectaba situar aquellas dos grandes estatuas de númenes fluviales, hasta entonces puestas delante del Palacio de los Conservadores.

Con la ejecución exacta del proyecto de Miguel Angel, la Ciudad Eterna hubiera adquirido un sitio de incomparable belleza y armonía; pero manifestóse también aquí la mala fortuna que persiguió tantos otros proyectos del maestro. Junto con las dificultades pecuniarias, opúsose la estrechez de criterio de los Padres de la Ciudad, á la realización del grandioso proyecto, el cual no se puede reconocer ahora en toda su pureza más que en un grabado en cobre de Esteban du Pérac (1). El mismo Miguel Angel no vió, después de la traslación de la estatua de Marco Aurelio, sino el acabamiento de la hermosa doble escalinata delante del Palacio de los Senadores; todo lo demás no se ejecutó hasta más adelante, á la verdad, sobre la base de sus dibujos, pero alterados en muchas cosas particulares harto substancialmente. De las faltas que allí se cometieron no es él responsable; y con todo, el Capitolio completamente renovado, que, en su forma actual, no alcanzó su perfección sino mucho más tarde, da claro testimonio del espíritu genial del maestro. A pesar de todas las mudanzas que se permitieron Jácome del Duca y Jerónimo Rai-

(1) Cf. Michaelis 187 s., 190, Rodocanachi 78 s., Makowsky 317 s.